

nagas, donde no podían correr caballos, hasta que llegamos á otro pueblo, que entonces lo despoblaron los naturales dél, y dende allí fuimos á la cabecera de Cimatán, y tuvimos otra buena refriega de flecha y vara, y de presto les hicimos huir, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas casas de las súyas, y allí prendimos hasta quince hombres y mujeres, y les enviamos á llamar con ellos á los cimatacas que viniesen de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonaria; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres y gente menuda que teníamos presos, y dimosles toda la presa, é dijeron que traerían de paz á todo el pueblo, é jamás volvieron con la respuesta; y entonces me dijo á mí el Rangel: «Voto á tal, que me habeis engañado, é que habeis de ir á entrar con otros compañeros, é que me habeis de buscar otros tantos indios é indias como los que me hicisteis soltar por vuestro consejo;» y luego fuimos cincuenta soldados, é yo por capitán, é dimos en unos ranchos que tenían en unas ciénagas que temblaban, que no osamos entrar en ellas; y dende allí se fueron huyendo por unos grandes breñales y espinos, que se llaman entre ellos Xiguaqueltán, muy malos, que pasan los piés, y en unas huertas de cacaguatales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el capitán, y con aquello le apaciguamos; y los tornó luego á soltar para que llamasen de paz á los cimatacas, y en fin de razones, no quisieron venir, y acordamos de nos volver á nuestra villa de Guacacualco; y en esto paró la entrada de zapotecas é la de Cimatán, y esta es la fama que queria que hubiese dél Rangel cuando pidió á Cortés aquella conquista. Y dende allí á dos años, ó poco tiempo mas, volvimos de hecho á los zapotecas y á las demás provincias, y las conquistamos y trujimos de paz; y el buen fray Bartolomé de Olmedo, que era santo fraile, trabajó mucho con ellos, y les predicaba y enseñaba los artículos de la fe, y bautizó en aquellas provincias mas de quinientos indios; pero, en verdad que estaba cansado y viejo, y que no podía ya andar caminos, que tenia una mala enfermedad. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Castilla á su majestad sobre ochenta mil pesos de oro con un Diego de Soto, natural de Toro, y paréceme que con un Ribera el tuerto, que fué su secretario; y entonces envió el tiro muy rico, que era de oro bajo y plata, que le llamaban el Ave Fénix, y también envió á su padre Martín Cortés muchos millares de pesos de oro. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

## CAPITULO CLXX.

Cómo el capitán Hernando Cortés envió á Castilla, á su majestad, ochenta mil pesos en oro y plata, y envió un tiro, que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y toda ella, ó la mayor parte, era de oro bajo, revuelto con plata de Mechoacan, que por nombre se decia el Fénix, y también envió á su padre, Martín Cortés, sobre cinco mil pesos de oro; y lo que sobre ello avino diré adelante.

Pues como Cortés habia recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro, y la culebrina que se decia el Fénix ya era acabada de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar á un tan alto emperador como nuestro gran César, y decia en un letrado que tenia es-

crito en la mesma culebrina: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.» Todo lo envió á su majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decia Diego de Soto, y no me acuerdo bien si fué en aquella sazón un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo, que tenia una nube, el cual habia sido secretario de Cortés. A lo que yo sentí del Ribera, era un hombre no de buenas entrañas, porque cuando jugaba á naipes é á dados no me parecia que jugaba bien, y demás desto, tenia muchos malos reveses; y esto digo porque, llegado á Castilla, se alzó con los pesos de oro que le dió Cortés para su padre Martín Cortés, y porque se lo pidió Martín Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando á los bienes que Cortés le habia hecho siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que, como tenia gran retórica é habia sido su secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el obispo de Búrgos. Y como el Narvaez y el Cristóbal de Tapia, y los procuradores del Diego Velazquez y otros que les ayudaban, y habia acaecido en aquella sazón la muerte de Francisco de Garay, todos juntos tornaron otra vez á dar muchas quejas de Cortés ante su majestad, y tantas y de tal manera, é dijeron que fueron parciales los jueces que puso su majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efeto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorecido, que lo pasara mal si no fuera por el duque de Béjar, que le favoreció y quedó por su fiador, que le enviase su majestad á tomar residencia é que no le hallaria culpado. Y esto hizo el Duque porque ya tenia tratado casamiento á Cortés con una señora sobrina suya, que se decia doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, don Carlos de Arellano, y hermana de unos caballeros y privados del Emperador. Y como en aquella sazón llegaron los ochenta mil pesos de oro y las cartas de Cortés, dando en ellas muchas gracias y ofrecimientos á su majestad por las grandes mercedes que le habia hecho en dalle la gobernación de Méjico, y haber sido servido mandalle favorecer con justicia en la sentencia que dió en su favor, cuando la junta que mandó hacer de los caballeros de su real consejo y cámara. En fin de mas razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés se tornó á sosegar con que le fuesen á tomar residencia, y por entonces no se habló mas en ello. Y dejemos ya de decir destos nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro y de su letrado de tan sublimado servidor como Cortés se nombró; que, como se supo en la corte, y ciertos duques y marqueses, y condes y hombres de gran valía se tenían por tan grandes servidores de su majestad, y tenían en sus pensamientos que otros caballeros tanto como ellos no hubiesen servido á su majestad, tuvieron que murmurar del tiro, y aun de Cortés porque tal blason escribió. También otros grandes señores, como fué el almirante de Castilla y el duque de Béjar y el conde de Aguilar, dijeron á los mismos caballeros que habian puesto en pláticas que era muy bravoso el blason de la culebrina, no se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro. Veamos ahora, ¿en nuestros tiempos ha habido capitán que tales hazañas haga, y que tantas tierras

## CAPITULO CLXXI.

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos de muy santa vida, y venia por su vicario y guardian fray Martín de Valencia, y era tan buen religioso, que hubo fama que hacia milagros; y era natural de una villa de tierra de campo que se dice Valencia de Don Juan, y lo que Cortés hizo en su venida.

Como ya he dicho en los capítulos pasados que sobre ello hablan, habiamos escrito á su majestad suplicándole nos enviase religiosos franciscos de buena y santa vida para que nos ayudasen á la conversión y santa doctrina de los naturales desta tierra para que se volbiesen cristianos, y les predicasen nuestra santa fe, como se la habia fray Bartolomé de Olmedo dado á entender dende que entramos en la Nueva-España, y sobre ello habia escrito Cortés, juntamente con todos nosotros los conquistadores que ganamos la Nueva-España, á don fray Francisco de los Angeles, que era general de los franciscos, que después fué cardenal, para que nos hiciese mercedes que fuesen los religiosos que enviase de santa vida, para que nuestra santa fe siempre fuese ensalzada, y los naturales destas tierras conociesen lo que les deciamos cuando estábamos batallando con ellos, y les deciamos que su majestad enviaria religiosos, y de mucha mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen á entender los razonamientos y predicaciones de nuestra fe; y ellos nos preguntaban si eran como el padre fray Bartolomé de Olmedo, y nosotros deciamos que sí. Dejemos esto, y digamos cómo el general don fray Francisco de los Angeles nos hizo merced que luego envió los religiosos que dicho tengo; y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinea, y pusieronle este nombre de Motolinea los caciques y señores de Méjico, que quiere decir el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba á los indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querian mucho, porque era una santa persona. Volvamos á nuestra relacion. Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivian españoles, que por donde viniesen les hiciesen los caminos, y adonde posasen les hiciesen ranchos si fuese en el campo, y en poblado, cuando llegasen á las villas ó pueblos de indios, les saliesen á recibir y les repicasen las campanas, y que todos comunmente, después de los haber recibido, les hiciesen mucho acato; y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas y con las cruces que hubiese, y por mas humildad, y porque los indios lo vieses, para que tomasen ejemplo, mandó á los españoles se hincasen de rodillas á besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de Méjico, el mismo Cortés, acompañado de fray Bartolomé de Olmedo y de nuestros valerosos capitanes y esforzados soldados, los salimos á recibir, y juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de Méjico, con todos los mas principales mejicanos y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que allegaban cerca, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; é ya que nos encontramos con los reverendos religiosos,

haya ganado sin gastar ni poner en ello su majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido á nuestra santa fe? Y demás desto, no solamente el Cortés, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayudaron á ganar una tan fuerte ciudad, y de tantos vecinos y de tantas tierras, son dignos de que su majestad les haga muchas mercedes; porque, si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasados, que hicieron heroicos hechos y sirvieron á la corona real y á los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras é rentas; y con estas palabras se olvidó lo del blason; y porque no pasase de Sevilla la culebrina, tuvimos nueva que á don Francisco de los Cóbos, comendador mayor de Leon, le hizo su majestad merced de ella, y que la deshicieron y afinaron el oro, y lo fundieron en Sevilla, é dijeron que valió sobre veinte mil ducados. Y en aquel tiempo, como Cortés envió aquel oro y el tiro, y las riquezas que habia enviado la primera vez, que fueron la luna de plata y el sol de oro, y otras muchas joyas de oro con Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Puertocarrero, y lo que hubo enviado la segunda vez con Alonso de Avila y Quiñones, que esto fué la cosa mas rica que hubo en la Nueva-España, que era la recámara de Montezuma y de Guatemuz y de los grandes señores de Méjico, y lo robó Juan Florin, francés; y como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama, así en Castilla como en otras muchas partes de la cristiandad, y en todas partes fué muy loado. Dejemos esto, y digamos en qué paró el pleito de Martín Cortés con el Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés á su padre, y es, que andando en el pleito, y pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió ó almorzó unos torreznos, y así como lo comió murió súptamente y sin confesion; perdónele Dios, amen. Dejemos lo acaecido en Castilla, y volvamos á decir de la Nueva-España, cómo Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de Méjico que fuese muy bien poblada de los naturales mejicanos, como de antes estaban, y les dió franquezas y libertades que no pagasen tributo á su majestad hasta que tuviesen hechas sus casas y aderezadas calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solia venir el agua de Chalputepeque para entrar en Méjico, y en la poblacion de los españoles tuviesen hechas iglesias y hospitales, de los cuales cuidaba como superior y vicario el buen padre fray Bartolomé de Olmedo, y habia él mismo recogido en un hospital todos los indios enfermos y los curaba con mucha caridad, y otras cosas que convenian. Y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos, y por vicario general de ellos un muy buen religioso que se decia fray Martín de Valencia, y era natural de una villa de tierra de campo que se decia Valencia de don Juan; y este muy reverendo religioso venia nombrado por el santo Padre para ser vicario, y lo que en su venida y recibimiento se hizo diré adelante.



el primero que se arrodilló delante del fray Martin de Valencia y le fué á besar las manos fué Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos; é el padre fray Bartolomé les abrazó é saludó muy tiernamente, y los besamos el hábito arrodillados todos los capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de Méjico; y de que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir á Cortés de rodillas á besarle las manos, espantáronse en gran manera; y como vieron á dos frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino á pié y muy amarillos, y ver á Cortés, que le tenían por ídolo ó cosa como sus dioses, así arrodillado delante dellos, dende entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando agora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos y acatos, segun y de la manera que dicho tengo; y mas digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada y en todo les tenía grande acato; é digo que se me olvidaba que fray Bartolomé les hospedó por orden de Cortés en una muy buena casa, é se fué á vivir con ellos é los regaló mucho. Dejémoslos en buena hora y digamos de otra materia, y es, que de ahí á tres años y medio, ó poco tiempo mas adelante, vinieron doce frailes dominicos, é venia por provincial ó por prior dellos un religioso que se decia fray Tomás Ortiz; era vizcaíno, é decian que habia estado por prior é provincial en unas tierras que se dice la Punta del Drago; é quiso Dios que cuando vinieron les dió dolencia de mal de modorra, de que todos los mas murieron; lo cual diré adelante, é cómo é cuándo é con quién vinieron, é la condicion que decian que tenía el prior, é otras cosas que pasaron; é después han venido otros muchos y buenos religiosos y de santa vida, y de la misma orden de señor santo Domingo, en ejemplo muy santos, é han industriado á los naturales destas provincias de Guatimala en nuestra santa fe muy bien, é han sido muy provechosos para todos. Quiero dejar esta materia de los religiosos, é diré que, como Cortés siempre temia que en Castilla, por parte del obispo de Búrgos, se juntarian los procuradores de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, é dirian mal dél delante del Emperador nuestro señor, é como tuvo nueva cierta, por cartas que le escribió su padre Martin Cortés ó Diego de Ordás, que le trataban casamiento con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los mas pesos que podia allegar, así de sus tributos como de los que le presentaban los caciques de toda la tierra, lo uno para que conociese el duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heróicos hechos é hazañas; é lo mas principal, para que su majestad le favoreciese é hiciese mercedes; é entonces le envió treinta mil pesos, é con ellos escribió á su majestad; lo cual diré adelante.

## CAPITULO CLXXII.

Cómo Cortés escribió á su majestad y le envió treinta mil pesos de oro, y cómo estaban entendiendo en la conversion de los naturales é reedificacion de Méjico, y de cómo habia enviado un capitán que se decia Cristóbal de Olí á pacificar las provincias de Honduras con una buena armada, y se alzó con ella, y dió relacion de otras cosas que habian pasado en Méjico, y en el navio que iban las cartas de Cortés envió otras cartas muy secretas el contador de su majestad, que se decia Rodrigo de Albornoz, y en ellas decian mucho mal de Cortés y de todos los que con él pasamos, y lo que su majestad sobre ello mandó que se proveyese.

Teniendo ya Cortés en sí la gobernacion de la Nueva-España por mandado de su majestad, parecióle seria bien hacerle sabidor cómo estaba entendiendo en la santa conversion de los naturales y la reedificacion de la gran ciudad de Tenustitlan, Méjico; y tambien le dió relacion de cómo habia enviado un capitán que se decia Cristóbal de Olí á poblar unas provincias que se nombraron Honduras, y que le dió cinco navios bien bastecidos, é gran copia de soldados y muchos caballos y tiros, y escopeteros y ballesteros, y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada, y que el Cristóbal de Olí se le alzó con ella, y quien le aconsejó que se alzase fué un Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que si su majestad era servido, que tenía determinado de enviar con brevedad otro capitán para que le tome la misma armada ó le traiga preso, ó ir él en persona por ella; porque, si quedaba sin castigo, se atreverian otros capitanes á se levantar con otras armadas que por fuerza habia de enviar á conquistar y poblar otras tierras que están de guerra, é á esta causa suplicaba á su majestad le diese licencia para ello; y tambien se envió á quejar del Diego Velazquez, no tan solamente de lo del capitán Cristóbal de Olí, sino por las conjuraciones y escándalos, y por sus cartas que enviaba dende la isla de Cuba para que le matasen á Cortés; porque, en saliendo de aquella ciudad de Méjico para ir á conquistar algunos pueblos recios, que se levantaban y hacian conjuraciones los de la parte del Diego Velazquez para le matar y levantarse con la gobernacion, y que habia hecho justicia de uno de los mas culpados; y que este favor les daba el obispo de Búrgos, que estaba por presidente de Indias, por ser muy amigo del Diego Velazquez; y escribió cómo le enviaba y servia con treinta mil pesos de oro, y que si no fuera por los bulliciosos y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho mas oro, y que con el ayuda de Dios y en la buenaventura de su real majestad, que en todos los navios que de Méjico fuesen enviaria lo que pudiese; y ansimismo escribió á su padre Martin Cortés é á un su deudo, que se decia el licenciado Francisco Nuñez, que era relator del real consejo de su majestad, y tambien escribió á Diego de Ordás, en que les hacia saber todo lo atrás dicho; y tambien dió noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, que estaba por gobernador en Méjico, que secretamente andaba murmurando en Méjico de Cortés porque no le dió tan buenos indios como él quisiera, y tambien porque le demandó una cacica, hija del señor de Tezcuco, y no se la quiso dar, porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad; y les

dió aviso que habia sabido que fué secretario en Flándes y que era muy servidor de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, y que era hombre que tenia costumbre de escribir cosas nuevas y aun por cifras, y que por ventura escribiria al Obispo, como era presidente de Indias, porque en aquel tiempo no sabiamos que le habian quitado el cargo, cosas contrarias de la verdad; que tuviesen aviso de todo; y estas cartas envió Cortés duplicadas, porque siempre se temió que el obispo de Búrgos, como era presidente, habia mandado á Pedro de Isazaga y á Juan Lopez de Recalte, oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla, que todas las cartas y despachos de Cortés se las enviasen por la posta para saber lo que en ellas iba, porque en aquella sazón su majestad habia venido de Flándes y estaba en Castilla, para hacer relacion á su majestad cesárea, y el obispo de Búrgos, por ganar por la mano, antes que nuestros procuradores le diesen las cartas de Cortés; y aun en aquella sazón no sabiamos en la Nueva-España que habian quitado el cargo al obispo de Búrgos, don Juan Rodriguez de Fonseca, de ser presidente de Indias. Dejémosnos de las cartas de Cortés, y diré que deste navio donde iba el pliego que dicho tengo de Cortés, envió el contador Albornoz, ya por mi memorado, otras cartas á su majestad y al obispo de Búrgos y al real consejo de Indias, y lo que en ellas decia por capitulos, hizo saber todas las causas y cosas que de antes habia sido acusado Cortés, cuando su real majestad le mandó poner jueces á los caballeros de su real consejo, ya otra vez por mi nombrados en el capítulo que dello habla; cuando por sentencia que sobre ello dieron, nos dieron por muy leales servidores de su majestad; y demás de aquellos capítulos que hubieron acusado á Cortés, agora de nuevo escribió el Albornoz que Cortés demandaba á todos los caciques de la Nueva-España muchos tejuelos de oro y les mandaba sacar mucho oro de minas, y esto que les decia Cortés que era para enviar á su real majestad, y se quedaba con todo ello y no lo enviaba á su majestad, y que hizo unas casas muy fortalecidas, y que ha juntado muchas hijas de grandes señores para las casar con soldados españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres y que no se las quiere dar, por tenerlas por amigas; y dijo que todos los caciques y principales le tenían en tanta estima como si fuese rey, y que en esta tierra no conocen á otro rey ni señor sino es á Cortés, é como rey llevaba quinto, y que tiene muy grande cantidad de barras de oro atesorado, y que no ha sentido bien de su persona, si está alzado ó será leal para adelante, y que habia necesidad que su majestad con brevedad mandase venir á estas partes un caballero con grande copia de soldados muy bien apercibidos para le quitar el mando y señorío; y escribió otras cosas sobre esta materia. Quiero dejar de mas particularizar lo que iba en las cartas, y diré que fueron á manos del obispo de Búrgos, que residia en Toro; y como en aquella sazón estaba en la corte el Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia, ya otras muchas veces por mi nombrados, y todos los procuradores del Diego Velazquez, é con aquella carta de Albornoz les avisó el obispo de Búrgos para que nuevamente se quejasen ante su majestad de Cortés de todo lo que de antes le hubieron dado relacion,

y dijese que los jueces que puso su majestad se mostraron mucho por la parte de Cortés, y que su majestad fuese servido viese agora nuevamente lo que escribe el contador su oficial; y para testigo dello hicieron presentacion de las cartas que dicho tengo. Pues viendo su majestad las cartas y las palabras y quejas que el Narvaez decia muy entonado, porque así hablaba, demandando justicia, creyó que eran verdaderas; y el obispo de Búrgos don Juan Rodriguez de Fonseca, que les ayudó con otras muchas cartas de favor; dijo su majestad: «Yo quiero enviar á castigar á Cortés, pues tanto mal dicen dél que hace, aunque mas oro envíe; porque mas riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar;» y mandó proveer que luego despachasen al almirante de Santo Domingo que viniese á costa de Cortés con seiscientos soldados, y si se hallase culpado le cortase la cabeza, y castigase á todos los que fuimos en desbaratar á Pánfilo de Narvaez; y porque viniese el Almirante le habia prometido su majestad el almirantazgo de la Nueva-España, que en aquella sazón traia pleito en la corte sobre él. Pues ya dadas las provisiones, pareció ser el Almirante se detuvo ciertos dias ó no se atrevió á venir, porque no tenia dineros, y ansimismo porque le aconsejaron que mirase la buenaventura de Cortés, que con haber traído Narvaez toda la armada que trajo le desbarató, y que era aventurar su vida y estado, y no saldria con la demanda, especialmente que no hallarian en Cortés ni en ninguno de sus compañeros culpa ninguna, sino mucha lealtad; y demás desto, segun pareció, dijeron á su majestad que era gran cosa dar el almirantazgo de la Nueva-España por pocos servicios que le podria hacer en aquella jornada que le enviaba; é ya que se andaba apercibiendo el Almirante para venir á la Nueva-España, alcanzaronlo á saber los procuradores de Cortés y su padre Martin Cortés y un fraile que se decia fray Pedro Melgarejo de Urrea, y como tenían las cartas que les envió Cortés duplicadas, y entendieron por ellas que habia trato doble en el contador Albornoz ó en otras personas que no estaban muy bien con Cortés, todos juntos se fueron luego al duque de Béjar y le dieron relacion de todo lo arriba por mi memorado y le mostraron las cartas de Cortés; y como supo que enviaban tan de repente al Almirante con muchos soldados, hubo muy grande sentimiento dello el Duque, porque ya estaba concertado de casar á Cortés con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo duque de Béjar; y luego sin mas dilacion fué delante de su majestad, acompañado con ciertos condes amigos suyos y deudos, y con ellos iba el viejo Martin Cortés, padre del mismo Cortés, y fray Pedro Melgarejo de Urrea, y cuando llegaron delante del Emperador nuestro señor se humillaron é hicieron todo el acatamiento debido, que eran obligados á nuestro rey y señor, y dijo el mismo Duque que suplicaba á su majestad que no diese oídos á una carta de un hombre como era el contador Albornoz, que era muy contrario á Cortés, hasta que hubiese otras informaciones de fe y de creer, y que no enviase armada; y mas dijo el Duque á su majestad, que cómo, siendo tan cristianísimo y recto en hacer justicia, tan deliberadamente enviaba á mandar prender á Cortés y á sus soldados, habiéndole hecho



tan buenos y leales servicios, que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras que hayan hecho otros vasallos á los reyes pasados? Y que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora de Cortés y por todos sus soldados, y que son muy leales y lo serán de aquí adelante, y que agora la tornó á poner de nuevo por fiadora, con todo su estado, con mucho gusto, de que siempre nos hallaría muy leales, lo cual su majestad vería adelante; demás desto, le mostraron las cartas que Cortés enviaba á su padre Martin Cortés, en que en ellas daba relacion por qué causa el contador Albornoz escribía mal contra Cortés, que fué, como dicho tengo, porque no le dió buenos indios, como él los demandaba, y una hija de una cacica muy principal; y mas le dijo el Duque, que mirase su real majestad cuántas veces le había enviado y servido con mucha cantidad de oro, é dió otros muchos descargos por Cortés; y viendo su majestad la justicia clara que Cortés y todos nosotros los conquistadores teníamos, mandó proveer que le viniese á tomar la residencia persona que fuese de calidad y ciencia y temeroso de nuestro Señor. En aquella sazón estaba la corte en Toledo, y por teniente de corregidor del conde de Alcaudete un caballero que se decía el licenciado Luis Ponce de Leon, primo del mismo conde don Martin de Córdoba, que así se llamaba, porque en aquella sazón era corregidor de aquella ciudad; y su majestad mandó llamar á este licenciado Luis Ponce de Leon, y le mandó que fuese luego á la Nueva-España y tomase residencia á Cortés, y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase; y el licenciado Luis Ponce de Leon dijo que él cumpliría el real mandato, y se comenzó á apercebir para el camino, y no vino con tanta priesa, porque tardó en llegar á la Nueva-España mas de dos años y medio. Y de jallos he aquí, así á los del bando del gobernador de Cuba, Diego Velazquez, que acusaban á Cortés, como al licenciado Luis Ponce de Leon, que se aderezaba para el viaje, como dicho tengo; y aunque vaya muy fuera de mi relacion y pase adelante, es por lo que agora diré, que al cabo de dos años alcanzamos á saber todo lo por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoz, porque lo escribió Martin Cortés de la corte; y para que sepan los curiosos lectores cómo siempre tenia por costumbre el mismo Albornoz de escribir á su majestad lo que no pasó, bien ternán noticia las personas que han estado en la Nueva-España y en la ciudad de Méjico cómo en el tiempo que era virey don Antonio de Mendoza, que fué muy ilustrísimo varon, digno de gran memoria, que haya santa gloria, y como gobernaba tan justificadamente y con tan recta justicia, el Rodrigo Albornoz no estaba bien con él y escribió á su majestad diciendo mal de su gobernacion, y las mismas cartas que envió á la corte volvieron á la Nueva-España á manos del mismo virey; y como las hubo entendido, y el mal que decía, envió á llamar al Rodrigo de Albornoz, y con palabras muy blandas y de espacio, que así hablaba vagoroso el Virey, le mostró las cartas y le dijo: «Pues que teneis por costumbre de escribir á su majestad, escribid la verdad, y andad con Dios, para ruin hombre;» y quedó muy avergonzado y corrido el contador. Dejemos de hablar desta materia, y diré cómo

Cortés, sin saber en aquella sazón cosa de todo lo pasado que en la corte se había tratado con él, envió una armada contra Cristóbal de Olí á Honduras, y lo que pasó diré adelante.

## CAPITULO CLXXIII.

Cómo, sabiendo Cortés que Cristóbal de Olí se había alzado con la armada y había hecho compañía con Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió contra él á un capitán que se llamaba Francisco de las Casas, y lo que entonces sucedió diré adelante.

He menester volver muy atrás de nuestra relacion para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, cómo Cortés envió á Cristóbal de Olí con una armada á las Higueras y Honduras, y se alzó con ella; é como Cortés supo que Cristóbal de Olí se había alzado con el armada, con favor de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya había hecho relacion dello á su majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió, y que entendía de ir ó enviar contra el Cristóbal de Olí á otros capitanes; en aquella sazón había venido de Castilla á Méjico un caballero que se decía Francisco de las Casas, persona de quien se podía fiar, é su deudo de Cortés; acordó de enviar contra el Cristóbal de Olí cinco navios bien artillados y bastecidos, y cien soldados, y entre ellos iban conquistadores de Méjico, de los que Cortés había traído de la isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano y un Juan Nuñez de Mercado y un Juan Bello, y otros que aquí no nombro, que murieron en el camino. Pues ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes y mandamientos para prender al Cristóbal de Olí, salió del puerto de la Veracruz con sus navios buenos y bastecidos, y con sus pendones con las armas reales, y con buen tiempo llegó á una bahía que llamaron el Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Olí tenia su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó Triunfo de la Cruz, y segun ya otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como el Cristóbal de Olí vió aquellos navios surtos en su puerto, puesto que el Francisco de las Casas mandó poner en sus navios banderas de paz, no lo tuvo por cierto el Cristóbal de Olí, antes mandó apercebir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados, y les defendió el puerto para no les dejar saltar en tierra; y como aquello vió el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar y echar á la mar sus bateles con muchos hombres apercebidos, y con unos tiros, falconetes y escopetas y ballestas, y él con ellos, con pensamiento de tomar tierra de una manera ó de otra, y el Cristóbal de Olí para defendella, tuvieron buena pelea, y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario á fondo, y mató á cuatro soldados é hirieron á otros; y como vió el Cristóbal de Olí que no tenia allí todos los soldados, porque los había enviado pocos dias había en dos capitanías, á entrar en un rio que llaman de Pechin, á prender á otro capitán que estaba conquistando en aquella provincia, que se decía Gil Gonzalez de Avila, porque aquel rio del Pechin caía en la gobernacion del Golfo-Dulce, y estaba aguardando por horas á sus gentes,

acordó el Cristóbal de Olí de demandar partidos de paz al Francisco de las Casas, porque bien entendió el Cristóbal de Olí que si tomaba tierra, que habían de venir á las manos, y por tener soldados juntos demandó las paces; y el de las Casas acordó de estar aquella noche con sus navios en la mar, apartado de tierra al reparo, ó esperando con intencion de se ir á otra bahía á desembarcar, y tambien porque cuando andaban las diferencias y pelea de la mar le dieron al de las Casas una carta secretamente que serian en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés que estaban con el Cristóbal de Olí, y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Olí. Pues estando con este acuerdo, fué la ventura tal de Cristóbal de Olí, y desdicha del de las Casas, que hubo aquella noche un viento norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dió con los navios de Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traía y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos y estuvieron sin comer dos dias, muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovía mucho, y tuvieron trabajo y frio; y el Cristóbal de Olí estaba muy gozoso y triunfante por tener preso al Francisco de las Casas, y á los demás soldados que prendió les hizo luego jurar que siempre serian en su ayuda, y serian contra Cortés si viniese á aquella tierra en persona; y como hubieron jurado, los soltó de las prisiones; solamente tuvo preso al Francisco de las Casas; y dende á poco tiempo vinieron sus capitanes que había enviado á prender á Gil Gonzalez de Avila; que, segun pareció, el Gil Gonzalez de Avila había venido por gobernador y capitán de Golfo-Dulce, y había poblado una villa que la nombraron San Gil de Buena-Vista, que estaba obra de una legua del puerto que agora llaman Golfo-Dulce, porque el rio de Chipin en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil Gonzalez no tenia consigo sino muy pocos soldados, porque habían adolecido todos los mas, é dejaba poblada con otros soldados la misma villa de San Gil de Buena-Vista; y como el Cristóbal de Olí tuvo noticia dello, les envió á prender, y sobre no dejarse prender, le mataron ocho españoles de los de Gil Gonzalez y á un su sobrino, que se decía Gil de Avila; y como el Cristóbal de Olí se vió con dos prisioneros que eran capitanes, estaba muy alegre y contento; y como tenia fama de esforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió á la isla de Cuba á su amigo Diego Velazquez, y luego se fué dende el Triunfo de la Cruz la tierra adentro á un pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y había otros muchos pueblos en aquella comarca; el cual pueblo se dice Naco, que agora está destruido él y todos los demás; y esto digo porque yo los vi y me hallé en ellos, y en San Gil de Buena-Vista y en el rio de Pichin y en el rio de Balama, y lo he andado en el tiempo que fui con Cortés, segun mas largamente lo diré cuando venga su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion: que ya que el Cristóbal de Olí estaba de asiento en Naco con sus prisioneros y copia de soldados, dende allí enviaba á hacer entradas á otras partes, y envió por capitán á un Briones, el cual Briones fué uno de los primeros consejeros para que se alzara el Cristó-

bal de Olí, y de suyo era bullicioso, y aun tenía cortadas las asillas bajas de las orejas, y decía el mismo Briones que estando en una fortaleza siendo soldado se las habían cortado porque no se quería dar él ni otros capitanes; el cual Briones ahorcaron después en Guatimala por revolver y amotinador de ejércitos. Volvamos á nuestra relacion: pues yendo por capitán aquel Briones con gran copia de soldados, túvose fama en el real de Cristóbal de Olí que se había alzado el Briones con todos los soldados que llevaba en su compañía, y se iba á la Nueva-España, y salió verdad. Y viendo esto Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila, que estaban presos y hallaban tiempo oportuno para matar á Cristóbal de Olí, y como andaban sueltos sin prisiones, por no tenellos en nada, porque se tenia por muy valiente el Cristóbal de Olí, muy secretamente se concertaron con los soldados y amigos de Cortés que en diciendo: «¡Aquí del Rey, y Cortés en su real nombre, contra este tirano!» le diesen de cuchilladas. Pues hecho este concierto, el Francisco de las Casas, medio burlando y riendo, le decía al Olí: «Señor capitán, soldadme; iré á la Nueva-España á hablar á Cortés y á dalle razon de mi desbarate, é yo seré tercero para que vuestra merced quede con esta gobernacion y por su capitán, y mire que es su hechura de Cortés; pues mi prision no hace á su caso, antes le estorbo en las conquistas;» y el Cristóbal de Olí respondió que él estaba muy bien así, y que se holgaba de tener un tal varon en su compañía; y de que aquello vió el Francisco de las Casas le dijo: «Pues mire bien vuesa merced por su persona, que un día ó otro tengo de procurar de le matar;» y esto se lo decía medio burlando y riendo. Y al Cristóbal de Olí no se le dió nada por lo que le decía, y teníalo como cosa de burla; y como el concierto que he dicho estaba hecho con los amigos de Cortés, estando cenando á una mesa y habiendo alzado los manteles, y se habían ido á cenar los maestresalas y pajes, y estaban delante Juan Nuñez de Mercado y otros soldados de la parte de Cortés que sabian el concierto, el Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila cada uno tenia escondido un cuchillo de escribanía muy agudos como navajas, porque ningunas armas se las dejaban traer; y estando platicando con el Cristóbal de Olí de las conquistas de Méjico y ventura de Cortés, y muy descuidado el Cristóbal de Olí de lo que le avino, el Francisco de las Casas le echó mano de las barbas y le dió por la garganta con el cuchillo, que le traía hecho como una navaja para aquel efeto, y juntamente con él, el Gil Gonzalez de Avila y los soldados de Cortés de presto le dieron tantas heridas, que no se pudo valer, y como era muy recio é membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló dando voces: «¡Aquí de los míos!» Mas como todos estaban cenando, ó su ventura fué tal que no acudieron tan presto, se fué huyendo á esconder entre unos matorrales, creyendo que los suyos le ayudarían, y puesto que vinieron de presto muchos dellos á le ayudar, el Francisco de las Casas daba voces y apellidando: «¡Aquí del Rey é de Cortés contra este tirano; que ya no es tiempo de mas sufrir sus tiranías!» Pues como oyeron el nombre de su majestad y de Cortés, todos los que venian á favorecer la parte del Cris-